

Creemos en ser honrados



por el élder Mark E. Petersen
del Consejo de los Doce

Los Artículos de Fe que nos dio el profeta José Smith son básicos en nuestra religión. El primero de ellos es la base de todo lo que representamos, y dice así:

"Nosotros creemos en Dios el Eterno Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo."

Si no hubiera un Dios, no tendríamos el evangelio, ni habría salvación, ni resurrección, ni luz o inteligencia, ni siquiera habría vida. Sin un Dios no habría galaxias en los cielos, ni sol, ni luna, ni estrellas, ni tierra, ni ninguna de las cosas que ella produce. En otras palabras, si no hubiera Dios, tampoco existiría nada más.

Es igual con respecto a nuestro Señor Jesucristo. En esta Iglesia aceptamos al Salvador con todo nuestro corazón y nuestra alma, pues El es el divino Hijo de Dios, y éste es nuestro solemne testimonio al mundo. Testificamos todo esto sin temor y con toda la fuerza de nuestro ser, porque sabemos que es *verdadero*, ya que se basa en la revelación.

El Señor Jesucristo es el Redentor de toda la humanidad, pero no es solamente eso. El es el Creador.

Sabemos que tenemos un Creador divino, y sabemos que es Jesús de Nazaret. Vino al mundo como el Niño de Belén, pero era el mismo Ser poderoso de quien habló Isaías: "... Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (Mateo 1:23).

El hizo los cielos y todas las galaxias que en ellos se encuentran; hizo nuestro universo, con el sol y sus planetas, e hizo esta tierra con todo lo que en ella existe, seres animados e inanimados.

"Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho." (Juan 1:3.)

Vino a la tierra hace casi dos mil años, nos dio su evangelio y su Iglesia, y luego fue crucificado en favor de la humanidad.

Solamente por su intermedio podemos obtener la vida eterna, y sabemos que si obedecemos los principios de su evangelio, viviremos con El para siempre. Si lo rechazamos o somos negligentes, viviremos, pero no con El, sino en las glorias menores, en algunas de las cuales habrá lloros y gemidos y crujir de dientes (véase D. y C. 19:5).

Cristo lo es todo para nosotros y sin El no somos nada.

También creemos en el Espíritu Santo, el tercer integrante de la Deidad. Cuando nos convertimos en miembros de la Iglesia, se nos bendice con el don del Espíritu Santo, el cual nos guiará a lo largo de nuestra vida si seguimos sus consejos.

Otro de los Artículos de Fe nos enseña la honestidad, la verdad, la bondad y la virtud. Un fragmento de este artículo dice:

"Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuo-

sos, y en hacer bien a todos los hombres." (Artículo N° 13.)

Aquí llegamos al punto donde la fe y las obras se unen, y nos preguntamos: ¿Verificamos con nuestra fe nuestras obras, o niegan éstas lo que profesamos? ¿En realidad hacemos el bien a todos los hombres?

La honradez, la verdad, la virtud y la bondad son todas características de la verdadera cristiandad, y si no las poseemos, no podemos decir que seguimos a Cristo.

Santiago dijo: "Muéstrame tu fe *sin tus obras*, y yo te mostraré mi fe *por mis obras*". ¿Y no dijo también con tal claridad que es imposible no comprenderlo, que "la fe, si

no tiene obras, es muerta en sí misma"? (Santiago 2:14-18; cursiva agregada.)

Estamos de acuerdo con él y añadimos que las demostraciones de piedad sin obras que la apoyen son hipocresía, y son demostraciones muertas, aun "como el cuerpo sin espíritu está muerto ..." (Santiago 2:26).

Con su vestimenta seductora, el pecado siempre parece atractivo al principio. Así fue con Caín, quien pensó que podría pecar y no perder nada. En nuestros días muchos se engañan pensando lo mismo. Pero la ley de retribución es la misma que gobernaba en aquellos tiempos, y si no nos arrepentimos, la



paga del pecado es tristeza y muerte. (Véase Romanos 6:23.)

¿Quién, comprendiendo la verdad, se atrevería a convertirse en un enemigo de Dios?

Sin embargo, si mentimos y nos aprovechamos de nuestro prójimo, si cometemos fraudes o seducimos a otras personas y las arrastramos hacia el pecado, *nos convertimos* en enemigos de Dios.

Puesto que Cristo es el símbolo de la justicia en todas las cosas, ¿en qué posición nos encontramos ante El si rechazamos a sus enseñanzas actuando con maldad? ¿Podemos decir que somos diferentes de aquellos de su época que le dieron la espalda y lo repudiaron? Ellos fueron tristemente engañados al caminar ciegamente hacia la tragedia, ciegos aun frente a los hechos; sí, ciegos aun frente a la luz celestial que El les ofrecía.

Pensad acerca del engaño bajo el cual Korihor negó a Cristo. Después que todo había pasado y que había sido humillado, confesó:

"... sabía que había un Dios ..."

"Mas he aquí, me ha engañado el diablo ... Y me dijo: No hay Dios ... y me enseñó lo que había de decir. Y he enseñado sus palabras ... porque deleitaban la mente carnal ..." (Alma 30:52-53.)

Fijémonos en la expresión "deleitaban la mente carnal".

Todos los pecados deleitan la mente carnal, y la deshonestidad es ciertamente uno de ellos.

¿Qué hubiera sucedido si el Buen Samaritano hubiera sido hipócrita y solamente hubiera fingido ayudar al viajero herido? ¿Qué hubiera sucedido si hubiera llevado al viajero al mesón para herirlo más? ¿Y si

hubiera pagado al mesonero con dinero falso o si se hubiera marchado sin pagar? (Véase Lucas 10:25-37.) ¿Y si este samaritano hubiera estado tratando de servir a dos señores, y si su demostración de piedad y de misericordia no hubiera sido más que una fachada hipócrita? ¿Qué hubiéramos pensado acerca de él? ¿Lo hubiera puesto el Salvador como ejemplo o lo hubiera condenado así como lo hizo con otros hipócritas?

¿Qué pensamos de las personas de esta época que se disfrazan con túnicas de hipocresía y utilizan el engaño para presentar una imagen distinta de lo que realmente son, para aprovecharse de otras personas, a veces despojándolas de todo lo que poseen?

¿Qué pensamos de aquellos cuya palabra no es palabra de honor y que no pierden oportunidad de estafar a alguien?

¿Comprendemos acaso la gravedad del pecado de la deshonestidad? No solamente no es cristiano, sino que es anticristiano, es antimormón y completamente en contra de Cristo mismo.

Ya sea en forma de mentira, estafa, robo o engaño; ya sea en el hogar, en el trabajo o en los negocios, en los deportes o en el salón de clase, la deshonestidad es completamente ajena a las enseñanzas de Jesucristo. Si no podemos darnos cuenta de esto, verdaderamente estamos ciegos.

Caín estaba ciego cuando mató a Abel.

Korihor estaba ciego cuando peleó en contra de Alma.

Los hombres que crucificaron a Cristo estaban ciegos cuando vertieron la sacrificada sangre del Sal-

vador sobre su propia cabeza y la de sus pobres e inocentes hijos.

Los traidores que ayudaron a que se llevara a cabo el martirio de José Smith estaban muy, muy ciegos, realmente ciegos.

¿Permitiremos que el egoísmo y la codicia nos cieguen de la misma forma? ¿Nos convertiremos en nuestros peores enemigos, recurriendo a la deshonestidad y a todo lo malo que ella trae consigo?

Por intermedio de los mandamientos, el evangelio nos enseña lo que no debemos hacer, pero es también igualmente positivo al mandarnos hacer lo bueno y enseñarnos que debemos esforzarnos sinceramente para ser como Cristo en todo lo que hacemos.

¿Qué valor tiene el ser cristiano si no obtenemos progreso espiritual? El evangelio no es un juguete psicológico con el que jugamos mientras ejercitamos la mente, ni es solamente algo de que hablar. Es una forma de vida, y su propósito es que seamos como Cristo.

El preguntó: "¿Qué clase de hombres habéis de ser?" Y El mismo contestó: "Aun como yo soy" (véase 3Nefi27:27).

¿No nos mandó El que buscáramos la perfección para llegar a ser como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto"? (Véase Mateo 5:48.) El realmente quiere que lo hagamos, pues éstas son sus leyes. No son ejercicios mentales, sino mandamientos por los que seremos responsables los obedezcamos o no.

Si recibimos estos mandamientos con un corazón dudoso y los obedecemos con indolencia, solamente podemos esperar condenación. (Véase D. y C. 58:29.)

Debemos enfocar nuestra religión en forma positiva y hacer de ella una forma literal de vida, un plan de acción diario. Debemos reformarnos todos los días usando para ello las normas que nos da el evangelio, ya que éste es el tiempo de probación y ésta es la época en que debemos prepararnos para encontrarnos con nuestro Dios.

¿Suponemos acaso que podremos entrar en la presencia del Padre si lo hemos ofendido? ¿Y de qué manera podemos ofenderlo? Será nuestra propia necedad y nuestro amor por la obscuridad lo que nos impida seguir su plan y nos haga rehusarnos a ponerlo a El primero en nuestra vida.

¿Por qué suponemos que El nos ha pedido que busquemos primero el reino de Dios y su justicia? ¿Nos lo pediría si no estuviera hablando en serio? El obedecer a medias es tan malo como la completa violación de las leyes, y tal vez peor, ya que el rechazo a medias y la aceptación a medias son solamente una falsificación; es admitir la propia falta de carácter y la falta de amor hacia El. Es en realidad un esfuerzo por vivir en ambos lados de la línea divisoria. No podemos suponer que podemos servir a dos señores, ya que si lo hacemos, podemos estar seguros de que nuestro amo *no* será Jesucristo, puesto que El no nos aceptará en esos términos (véase Mateo 6:24).

¿Cómo describió nuestro Padre Celestial a su Hijo amado? ¿Recordáis sus palabras? Declaró que Jesucristo está "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14).

Jesucristo es un Dios de verdad, un Dios de amor, pero también un Dios de gracia. ¿Qué significa la



gracia de Dios?

Jesucristo está lleno de gracia, lo que quiere decir que es bondadoso, misericordioso y compasivo. Por su gracia, compasión, misericordia y amor por nosotros, y por su deseo de que lleguemos a ser como El, nos ha dado su glorioso evangelio.

El rechazar esta verdad es rechazar su gracia, su misericordia, su bondad y su compasión. Es como decir que no queremos nada de lo que El nos pueda dar. Y podemos estar seguros de que si tenemos esta actitud, ciertamente no tendremos ninguna de esas virtudes.

La obediencia es la clave. ¿Qué le dijo Samuel a Saúl cuando éste estaba tratando de servir a dos señores? ". . . el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 Samuel 15:22).

Si tratamos de servir a dos amos,

¿Somos acaso mejores que Saúl? Si tratamos de engañar a los miembros, profesando piedad y escondiendo nuestros pecados, ¿somos mejores que Ananías y Safira, quienes cayeron muertos a los pies del apóstol Pedro cuando le mintieron? (Véase Hechos 5:1-10.)

Se nos ha mandado ser como Cristo y desarrollar la gracia y la verdad en nuestra vida. Para ser como El, y El es un Dios de gracia y verdad, debemos empezar hoy mismo a incorporarlas en nuestra propia vida.

¿No es cierto que debemos reconocer que no podemos servir a dos amos? Podemos estar seguros de que si intentamos hacerlo, el Señor nos rechazará. Nunca lo encontraremos junto con Lucifer, así que no tratemos de ponerlo en esa situación. Cuando Alma bautizó a los conversos en las aguas de Mormón, aquellos humildes santos fueron llenos de la gracia y del amor de Dios, de misericordia, de bondad y caridad. (Véase Mosiah 18:16-26.) Y sus sacerdotes obraron tan justamente que también ellos fueron llenos de la gracia celestial.

Cuando el Señor se dirigió a los primeros élderes de esta Iglesia, les enseñó que debían crecer en gracia y conocimiento antes de salir a predicar. (Véase D. y C. 50:40.)

El Señor dijo al profeta José Smith que todos los que obedecieran los mandamientos serían bendecidos con la gracia del cielo: el amor de Cristo, la compasión, caridad, y bondad.

Estas son las características del Salvador, las mismas que debemos buscar para nosotros. El Señor nos ha prometido que si le obedecemos, nos guiará de gracia en gracia. (Vé-

ase D. y C. 93:20.) ¿Obedeceremos entonces? ¿No debemos planear obedecer siempre? ¿No buscaremos el reino de Dios y su justicia primero, después y siempre? Nunca debemos dejar que nuestra religión pase a estar en segundo plano en nuestra vida.

Somos el pueblo de convenio del Señor. Cuando nos bautizamos, estuvimos de acuerdo en servirlo hasta el fin y recibimos el Espíritu Santo para ayudarnos en nuestros esfuerzos para lograrlo. Si ahora nos volvemos deshonestos y cometemos otros pecados, ¿qué hacemos a este Espíritu de verdad? Lo alejamos de nosotros con nuestros pecados.

Si nosotros, que tenemos el don del Espíritu Santo, mentimos y nos aprovechamos de nuestro prójimo o actuamos en forma deshonestas, si despreciamos la verdad y nos contaminamos con la falsedad, ¿dónde está nuestra lealtad a Dios?

¿Qué haremos con los convenios que hemos hecho, prometiendo servir a este Dios de verdad, y servir sólo a la verdad?

¿Qué haremos con el Sacramento de la Cena del Señor, por el que nos comprometemos con el Altísimo, por la misma crucifixión de Cristo, a "recordarle siempre y a guardar sus mandamientos que El" nos ha dado? (Véase p. y C. 20:77.)

"Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe." (1 Corintios 13:1.)

Necesitamos tener humilde obediencia, pues sólo eso puede salvarnos. Doy mi testimonio de ello en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén.